

Contra los zombis

Paul Krugman

Contra los zombis

Economía, política y la lucha
por un futuro mejor

CRÍTICA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Arguing with zombies: economics, politics, and the fight for a better future*

© 2020, Paul Krugman

© 2020, Traducción: Yolanda Fontal

Primera edición en inglés a cargo de W. W. Norton & Company, [2020]

Dado que la extensión de esta página imposibilita la legibilidad de toda la información referente a los derechos de autoría de la traducción completa, véanse las páginas 429-430.

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: febrero de 2020

ISBN: 978-84-9199-185-4

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-747-970-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Después de las «elecciones caquis»

LA NOCHE ELECTORAL de 2004 no causó tanta conmoción como la de 2016, pero supuso una amarga decepción para los progresistas estadounidenses. La imagen de George W. Bush ha mejorado *a posteriori*; la gente lo considera, acertadamente, mejor que Donald Trump y olvida las atrocidades cometidas durante su mandato. Ante todo, llevó a la guerra a Estados Unidos con pretextos falsos y centenares de miles de personas murieron como consecuencia. Ver cómo los votantes recompensaban esta vileza no fue algo agradable.

Además, había muchos comentaristas que no veían las elecciones únicamente como un acontecimiento aislado, sino como el presagio de un liderazgo conservador permanente. Si uno miraba los canales de televisión (en esa época la gente todavía veía las cadenas convencionales), estaban llenos de personas que declaraban la muerte del progresismo estadounidense, la confirmación de que éramos una nación básicamente conservadora.

Sin embargo, un examen más detenido revelaba una historia diferente. Las elecciones de 2004 no fueron una ratificación de las políticas conservadoras, ya que destacaron por la ausencia de debate político, debido en parte a que los asuntos políticos no pudieron franquear la trivialización impuesta por la mayoría de los medios de comunicación. Por ejemplo, en cierto momento examiné las transcripciones de las noticias de un mes para ver qué habían contado a los telespectadores sobre las propuestas sanitarias de los candidatos, que, en realidad, eran muy diferentes. La respuesta fue: nada. Se emitieron un par de reportajes sobre cómo se estaban utilizando políticamente las propuestas en materia de salud, pero ni una sola palabra acerca de en qué consistían.

En su lugar, las elecciones se disputaron en torno a imágenes y percepciones. Bush seguía disfrutando de su fama posterior al 11-S y del espejismo de la victoria en Irak; muchos estadounidenses todavía veían en él a un icono he-

roico de la seguridad nacional, convirtiendo los comicios en lo que los británicos denominan unas «elecciones caquis». Un tema menor pero aun así importante tenía que ver con los valores tradicionales: algunos activistas habían empezado a presionar a favor de la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo y se desencadenó una desagradable reacción en contra.

De este modo, Bush consiguió la reelección, como yo solía decir en broma, haciéndose pasar por un defensor de Estados Unidos frente a los terroristas unidos en matrimonios gays. Sin embargo, inmediatamente después de las elecciones declaró que tenía un mandato para privatizar la Seguridad Social y convertirla en un sistema de cuentas de inversiones individuales.

¿Por qué imaginaron Bush y sus asesores que esto iba funcionar desde el punto de vista político? Parte de la respuesta es que, al igual que muchas personas acomodadas, no tenían ni idea de lo importante que es la Seguridad Social para la mayoría de los estadounidenses.

Si usted es un bien remunerado asesor político, un periodista o trabaja como experto para un *think tanks* o algo parecido, es probable que tenga un buen plan de jubilación privado y espere poseer una cantidad considerable de bienes al cumplir los sesenta y cinco años. Sin embargo, la mayoría de los jubilados dependen de la Seguridad Social para obtener la mayor parte de sus ingresos y, para una tercera parte aproximadamente, es prácticamente su única fuente de ingresos. Cuando la gente comenzó a darse cuenta de que Bush quería socavar de verdad el programa, no se puso, lo que se dice, contenta.

Bush y compañía no solo no comprendieron lo apreciada que es la Seguridad Social entre los votantes en general. También confiaron demasiado en el consenso de las élites.

Puede que las cosas estén empezando a cambiar últimamente, pero durante el período que analiza este libro había en todo momento cosas que todo aquel que quería parecer sensato y bien informado en los círculos de Washington «sabía» no porque fueran ciertas, sino porque era lo que todos los demás miembros de la élite estaban diciendo. Y una de ellas era que la Seguridad Social estaba en crisis y necesitaba una reforma drástica. Quienes afirmaban esto no habían indagado en cómo funciona el sistema de jubilación en Estados Unidos o en la aritmética de su futuro; sabían que eso era lo que se esperaba que dijeran. Como escribí en cierto momento, decir que la Seguridad Social padecía una crisis que exigía recortes de prestaciones era un «distintivo de seriedad».

El deseo de parecer serio iba acompañado de un deseo de parecer moderno. La Seguridad Social ya existía desde hacía ochenta años cuando se entabló el debate sobre su privatización, y un buen número de comentaristas utilizaba la edad como pretexto para aducir que había que reformarla y convertirla en algo acorde con el siglo xxi.

Al fin y al cabo, las pensiones corporativas habían cambiado drásticamente: la anticuada pensión con «prestaciones definidas», en la que se abonaba una cantidad fija cada mes, había dado paso a los planes de «cotizaciones definidas», en los que se depositaba dinero en una cuenta de inversión. ¿Por qué no hacer lo mismo con la Seguridad Social? Lo cierto es que había muy buenas razones. De hecho, el nuevo nivel de riesgo de los planes de jubilación privados hacía que fuera todavía más importante que las personas tuvieran unos ingresos estables garantizados por si sus inversiones salían mal. Pero esto no era nada obvio para personas que no estaban acostumbradas a pensar mucho en los aspectos económicos de la jubilación.

Y ahí es donde intervine yo (y varios analistas políticos progresistas).

Dos cosas, principalmente, salvaron a la Seguridad Social de la privatización: la inmensa oposición de la opinión pública cuando comprendió lo que estaba ocurriendo y la postura firme de los dirigentes demócratas, en especial de Nancy Pelosi, en contra de las estupideces de la élite. (Al preguntarle a Pelosi cuándo iba a presentar su propio plan para la Seguridad Social, respondió: «Nunca. ¿Le sirve nunca?».) No obstante, las personas como yo también podíamos desempeñar un papel, que en ese momento parecía importante, a la hora de desmontar el disparate: mostrando que la supuesta crisis no era real, que la privatización no era la respuesta a un problema real, que prestar ayuda básica durante la jubilación es algo que debe hacer el gobierno y que puede hacer mejor que el sector privado.

Y sucedió algo asombroso. Por primera vez desde que soy columnista en *The New York Times*, mi bando venció en un debate político.

La Seguridad Social asusta

5 de marzo de 2004

EL INFORME ANUAL del Consejo de Administración de la Seguridad Social revela un sistema que goza de bastante buena salud financiera. De hecho, bastaría con pequeñas inyecciones de fondos para mantener el nivel actual de beneficios durante al menos los próximos setenta y cinco años. Otros informes, sin embargo, parecen describir un sistema con graves problemas financieros. Por ejemplo, un estudio del Tesoro de 2002, citado el martes en *The New York Times*, afirma que la Seguridad Social y Medicare tienen un descubierto de 44 billones de dólares. ¿Cuál es la verdad?

He aquí una pista: aunque incluso políticos de derechas insisten en público en que quieren salvar la Seguridad Social, los ideólogos que influyen en sus opiniones están deseando tener una excusa para dismantelar el sistema, por lo que se han de leer con sumo cuidado los informes alarmantes elaborados por personas que trabajan en instituciones con motivaciones ideológicas, una lista que ahora incluye al Tesoro.

En primer lugar, dos palabras («y Medicare») marcan una enorme diferencia. Según el estudio del Tesoro, solo el 16 % de ese déficit de 44 billones de dólares proviene de la Seguridad Social. En segundo lugar, el supuesto déficit de ambos programas proviene principalmente de proyecciones sobre un futuro lejano; el 62 % del déficit combinado se produce después de 2077.

Entonces, ¿muestra el informe del Tesoro una crisis inminente de la Seguridad Social? No.

El problema de la Seguridad Social es en sí un asunto demográfico: a medida que la población envejezca, la cifra de jubilados aumentará con más rapidez que la de trabajadores. Como consecuencia, los gastos en prestaciones aumentarán en aproximadamente un 2 % del PIB a lo largo de los próximos treinta años y lentamente a partir de entonces. En comparación, hacer perma-

nentes los recortes fiscales de Bush reduciría los ingresos en al menos un 2,5 % del PIB a partir de ahora. Esta es la razón, junto con el hecho de que la Seguridad Social registre actualmente un superávit —a diferencia del resto del gobierno federal—, de que los recortes fiscales de Bush sean un problema mucho mayor para el futuro fiscal de la nación que el déficit de la Seguridad Social.

Aunque se suele relacionar a Medicare con la Seguridad Social, es un programa diferente que afronta problemas diferentes. El aumento previsto de los gastos de Medicare está impulsado principalmente no por la demografía, sino por el coste creciente de la atención médica, lo que, a su vez, refleja los avances médicos que permite tratar una mayor variedad de enfermedades.

Si esta tendencia continúa, lo que no es en absoluto seguro cuando se considera a muy largo plazo, podríamos enfrentarnos a la larga a un verdadero dilema que afecta a toda la asistencia médica, no solo a la atención de los jubilados: un dilema tanto moral como económico. Podría llegar a darse el caso de que ofrecer a todos los estadounidenses todas las ventajas de la medicina moderna obligará al gobierno a recaudar mucho más dinero que ahora, pero no proporcionar esa atención significará ver cómo estadounidenses pobres y de clase media mueren prematuramente o sufren una fuerte degradación de la calidad de vida porque no pueden permitirse un tratamiento médico completo.

No obstante, este dilema estará ahí independientemente de lo que hagamos con la Seguridad Social. Ni siquiera está claro que debamos intentar resolverlo ahora. Estoy a favor de adoptar una perspectiva a largo plazo; cuando la administración realiza proyecciones presupuestarias únicamente para cinco años con el fin de ocultar los costos conocidos algunos años más, uno no puede sino indignarse. Planifiquemos con mucha antelación, por supuesto, pero establezcamos algunos límites. Cuando la gente formula advertencias ominosas sobre los costes de Medicare después de 2077, mi pregunta es: ¿por qué deben reflejar las decisiones fiscales de hoy los posibles costes de proporcionar a generaciones que todavía no han nacido tratamientos médicos aún no inventados?

El mayor riesgo al que se enfrenta ahora la Seguridad Social es político. ¿Utilizarán quienes odian el sistema tácticas para asustar y cálculos confusos para derribarlo?

Después de que Alan Greenspan pidiera recortes de las prestaciones de la Seguridad Social, miembros republicanos del Congreso declararon que la respuesta era crear cuentas de jubilación privadas. Es asombroso que sigan pregonando este elixir milagroso; y más increíble aún que los periodistas continúen dejando que se salgan con la suya. Ayer, en *The Wall Street Journal*, un articulista declaró juiciosamente que las «cuentas personales por sí solas no remediarán los males de la Seguridad Social». Supongo que es verdad; del

mismo que comer solo donuts no hará que uno pierda peso. ¿Por qué es tan difícil decir claramente que la privatización empeoraría, en lugar de mejorar, las finanzas de la Seguridad Social?

¿Debemos considerar emprender reformas modestas que reduzcan los gastos o amplíen la base de ingresos de la Seguridad Social? Sin duda. Pero cuidado con quienes afirman que debemos destruir el sistema para salvarlo.

Inventar una crisis

7 de diciembre de 2004

LA PRIVATIZACIÓN DE LA SEGURIDAD SOCIAL, la sustitución del sistema actual, en parte o en su totalidad, por fondos de pensiones privados, no servirá para fortalecer la solvencia del sistema. Si acaso, empeorará las cosas. No obstante, las políticas de privatización dependen decisivamente de que se logre convencer a los ciudadanos de que el sistema corre un peligro inminente de desmoronarse, de que debemos destruir la Seguridad Social para salvarla.

Tendré mucho que decir sobre el tema cuando retome mis rutinas habituales en enero, pero ahora mismo me parece importante interrumpir mi descanso para refutar la propaganda de la crisis de la Seguridad Social.

El funcionamiento de la Seguridad Social no tiene nada de extraño ni de misterioso: se trata simplemente de un programa gubernamental que se financia con un impuesto específico sobre las nóminas, al igual que el mantenimiento de las carreteras se financia con un impuesto específico sobre la gasolina.

Ahora mismo, los ingresos provenientes del impuesto sobre la nómina superan a la cantidad desembolsada en prestaciones. Es intencionado: el resultado de un aumento de los impuestos sobre la nómina, recomendado nada menos que por Alan Greenspan, hace dos décadas. Su justificación en ese momento para subir un impuesto que recae principalmente en las familias con ingresos bajos y medios, aunque Ronald Reagan había reducido los impuestos ese otoño a los muy ricos, fue que los ingresos adicionales eran necesarios para constituir un fondo fiduciario. Este se podría utilizar para pagar las prestaciones cuando la generación del *baby boom* empezara a jubilarse.

La parte de verdad en las afirmaciones de que existe una crisis de la Seguridad Social es que esta subida de impuestos no fue suficientemente grande. Las previsiones recogidas en un informe reciente de la Oficina de Presupues-

tos del Congreso (que probablemente son más realistas que las proyecciones muy cautas de la Administración de la Seguridad Social) indican que el fondo fiduciario se agotará en 2052. El sistema no irá a la «quiebra» en ese momento; incluso después de que el fondo fiduciario se acabe, los ingresos de la Seguridad Social cubrirán el 81 % de las prestaciones prometidas. Sin embargo, existe un problema de financiación a largo plazo.

Pero se trata de un problema de modestas dimensiones. El informe concluye que la ampliación de la vida del fondo fiduciario hasta el siglo xxii, sin cambios en las prestaciones, requeriría unos ingresos adicionales equivalentes a solo el 0,54 % del PIB. Eso es menos del 3 % del gasto federal, menos de lo que estamos gastando actualmente en Irak. Y es únicamente en torno a una cuarta parte de los ingresos que se pierden cada año debido a las reducciones de impuestos del presidente Bush: el equivalente aproximado a la parte de esas reducciones que beneficia a las personas con ingresos superiores a 500.000 dólares al año.

En vista de estas cifras, no es difícil proponer paquetes de medidas fiscales que garanticen el programa de jubilación, sin cambios importantes, para las generaciones venideras.

Es cierto que el gobierno federal en su conjunto se enfrenta a un déficit financiero muy elevado. Sin embargo, ese déficit tiene tanto que ver con las reducciones de impuestos, que Bush insiste en que sean permanentes, como con la Seguridad Social.

Pero como la política de privatización depende de que se logre convencer a los ciudadanos de que existe una crisis de la Seguridad Social, los partidarios de esa privatización han hecho todo lo posible para inventarse una.

Mi ejemplo favorito de su lógica trilera es el siguiente: primero insisten en que el superávit actual del sistema de la Seguridad Social y el fondo fiduciario acumulado con ese superávit no tienen sentido. Afirman que la Seguridad Social no es una entidad realmente independiente, que forma parte del gobierno federal.

Por cierto, si el fondo fiduciario no tiene sentido, aquel aumento de los impuestos auspiciado por Greenspan en los años ochenta no fue más que un ejercicio de lucha de clases: se aumentaron los impuestos a los estadounidenses de clase trabajadora y se redujeron los impuestos a los ricos, y los trabajadores no han obtenido nada por su sacrificio.

Pero no importa: las mismas personas que afirman que la Seguridad Social no es una entidad independiente cuando tiene superávits también insisten en que, a finales de la próxima década, cuando los pagos de las prestaciones empiecen a superar a los ingresos procedentes de los impuestos sobre la nómina, se producirá una crisis; ya ven, la Seguridad Social cuenta con su propia financiación específica y, por tanto, debe valerse por sí misma.

No hay una forma honesta de poder defender ambas posturas, pero en la de los privatizadores hay muy poca sinceridad. Vienen a enterrar la Seguridad Social, no a salvarla. No están verdaderamente preocupados por la posibilidad de que el sistema fracase algún día; están molestos por el éxito histórico del sistema.

La Seguridad Social es un programa gubernamental que funciona, una demostración de que con una modesta cantidad de impuestos y de gasto se pueden mejorar las vidas de los ciudadanos y hacer que sean más seguras. Y es por eso que la derecha quiere destruirla.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
1. SALVAR LA SEGURIDAD SOCIAL	
DESPUÉS DE LAS «ELECCIONES CAQUIS»	23
La Seguridad Social asusta	26
Inventar una crisis	29
Apostar por el fracaso.	32
Lecciones de la Seguridad Social	35
Recuerdos de la privatización	38
Lo que el gobierno sabe hacer mejor	40
2. EL CAMINO HASTA EL OBAMACARE	
LA ELABORACIÓN DE UN PROGRAMA POSITIVO	45
Una asistencia sanitaria frágil	48
Atención sanitaria confidencial.	51
El terror sanitario	54
El juego de la espera	57
Las esperanzas de la asistencia sanitaria	60
El fracaso del miedo	63
El Obamacare no fracasa	66
Horrores sanitarios imaginarios	69

3. EL ATAQUE CONTRA EL OBAMACARE

EL CAUCUS DE LA CRUELDAD.	75
Si tiene tres patas está bien	78
El genio muy estable de Obamacare	81
Enfermad, arruinaos y morid	84
Cómo pueden cumplir los demócratas la promesa de la asistencia sanitaria.	87

4. LA BURBUJA Y SU ESTALLIDO

LA SUMA DE TODOS LOS MIEDOS.	93
Quedarse sin burbujas	95
Ese sonido sibilante	98
La gravedad de la crisis financiera.	101
La economía Madoff	104
La estrategia del ignorante	107
Nadie entiende la deuda	109

5. LA GESTIÓN DE LA CRISIS

EL TRIUNFO DE LA MACROECONOMÍA	115
La economía de la depresión.	118
El modelo IS-LM	121
La aritmética del estímulo (para expertos, pero importante)	125
La brecha de Obama.	127
La tragedia del estímulo	130

6. LA CRISIS EN LA CIENCIA ECONÓMICA

EL COSTE DE LAS MALAS IDEAS	135
Los míticos años setenta	138
Aquel espectáculo de los años ochenta	140
¿Cómo pudieron equivocarse tanto los economistas?	142
Mala fe, patetismo y economía de los republicanos.	160
¿Qué tienen de malo las finanzas funcionales?	163

7. AUSTERIDAD

GENTE MUY SERIA	169
Los mitos de la austeridad	172
La depresión del Excel	175
Empleos, aptitudes y zombies.	178
Embuste estructural	181

8. EL EURO

UN PUENTE LEJANO	187
El prisionero español	190
El batacazo del abejorro	193
El sueño imposible de Europa	196
¿Qué diablos está pasando en Europa?	199

9. IMPOSTORES FISCALES

LA CREDULIDAD DE LOS GRUÑONES DEL DÉFICIT	205
El estafador	207
La comisión secuestrada	210
¿En qué consiste el plan de Paul Ryan?	213
Unas bolas de nieve que se derriten	216
Los demócratas y la doble moral.	220
Cómo financiar un plan progresista	223

10. LA REBAJA DE IMPUESTOS

EL ZOMBI POR EXCELENCIA	229
El manifiesto de los Twinkies	232
El mayor engaño fiscal de la historia	235
La estafa fiscal de Trump, segunda fase.	238
¿Por qué el recorte tributario de Trump se ha quedado en nada?.	241
La rebaja fiscal de Trump es todavía peor de lo que habéis oído	244
La economía de cobrar más impuestos a los que más ganan	248
Elisabeth Warren y Teddy Roosevelt	252

11. GUERRAS COMERCIALES

LAS <i>GLOBOBADAS</i> Y LA REACCIÓN EN CONTRA	257
¡Oh, qué guerra comercial tan agitada!.	260
Un manual de guerra comercial	263
Volver a corromper los aranceles	268

12. DESIGUALDAD

EL SESGO DE ESTADOS UNIDOS	273
Los ricos, los derechos y los hechos.	275
Licenciados frente a oligarcas	297
Dinero y moralidad	300
Los robots no tienen la culpa de los salarios bajos.	303
¿Qué pasa en Trumplandia?	306

13. LOS CONSERVADORES

EL MOVIMIENTO CONSERVADOR	311
El mismo viejo partido	313
Cantor y el fin de un movimiento	316
El gran espejismo del centro derecha	319
Lugares vacantes de la política estadounidense	322

14. ¡AH! ¡SOCIALISMO!

ACOSO AL ROJO EN EL SIGLO XXI	327
Capitalismo, socialismo y falta de libertad	329
Algo no está podrido en Dinamarca	333
La amenaza socialista que invoca Trump	336

15. EL CLIMA

LO MÁS IMPORTANTE	341
Trump y los negacionistas del cambio climático	343
La inmoralidad del negacionismo del cambio climático	346
El negacionismo climático, la prueba del trumpismo	349
Esperanzas para un Año Nuevo verde	352

16. TRUMP

¿POR QUÉ NO LO PEOR?	357
El paranoico estilo de la política republicana	359
Trump y la aristocracia del fraude	362
Dejen de llamar populista a Trump	365
Sectarismo, parásitos y polarización	368
Estados Unidos no está libre del fascismo	372
¿Quién teme a Nancy Pelosi?	375
La verdad y la virtud en la era de Trump	378
El monstruoso desenlace del conservadurismo	381
Virilidad, pasta, McConnell y trumpismo	384

17. SOBRE LOS MEDIOS

MÁS ALLÁ DE LAS NOTICIAS FALSAS	389
Gato por liebre	391
El triunfo de lo trivial	394
¿Tiene algún sentido el análisis económico?	397
El año que vivimos estúpidamente	399
Hillary Clinton recibe el trato de Al Gore	401

18. PENSAMIENTOS ECONÓMICOS

LA CIENCIA LÚGUBRE	407
Cómo trabajo	409
La inestabilidad de la moderación.	421
Por qué soy un <i>criptoescéptico</i>	425
<i>Créditos de los artículos</i>	429
<i>Índice onomástico</i>	431